



EDICIONES ERA Y JOAQUÍN MORTIZ: DE LOS COMIENZOS AL CATÁLOGO

VALERIA AÑÓN
IDIHCS-UNLP/CONICET

Consideraciones preliminares

El trabajo que aquí presento se desarrolla en el marco del proyecto “Editores y políticas editoriales: articulaciones y redes entre Argentina, América Latina y España”, que dirige en la Universidad Nacional de La Plata el Dr. José Luis de Diego. El proyecto se propone ampliar el análisis de políticas editoriales hacia otras zonas de América Latina, entre las que se destaca (por historia y desarrollo, pero también por sus problemas más acuciantes) el caso de México. Afinando aún más el abordaje, me interesó estudiar el recorrido de editoriales de renombre que se gestaron como proyectos independientes, más allá de sus derroteros posteriores. En ese amplio marco recorté, en principio, dos casos, los de Ediciones Era y Joaquín Mortiz editores, sin desatender, a la hora del análisis crítico, otros proyectos con los que dialogan, en especial el de FCE y Siglo XXI Editores. En esta ponencia en especial (que continúa el trabajo presentado en el Congreso Orbis Tertius 2012 acerca de los comienzos de estas casas editoriales y la conformación de una figura pública de editor), me interesa analizar (de manera escueta) los primeros momentos de los catálogos de estas casas editoriales, para dar cuenta de dinámicas de edición, gestión y colocación en un campo cultural específico, con diversos posicionamientos respecto del mundo editorial en lengua castellana. Para ello, hagamos primero...

...Un poco de historia

Ediciones Era surgió a partir de la iniciativa del artista plástico Vicente Rojo en 1959. Desde 1954, Rojo coordinaba las publicaciones del Instituto Nacional de Bellas Artes, que se imprimían en la Imprenta Madero, propiedad de Tomás Espresate Pons (1904-1994), catalán combatiente de la Guerra Civil Española que se había radicado en



México, junto a su familia, en 1942.¹ Según cuentan sus protagonistas, el joven Rojo comentó la idea con los hijos varones de Espresate, Jordi y Enrique, y con su amigo José Azorín. Don Tomás los alentó, les permitió usar los “tiempos muertos” y materiales de su imprenta para producir sus primeros libros y sugirió incorporar a su hija Neus al proyecto –aunque sobre este punto no todas las versiones coinciden. ERA, se sabe, es acrónimo de los apellidos de sus fundadores, todos jóvenes, algo inexpertos pero entusiastas, unidos además por el común denominador de haber sido refugiados españoles.² La juventud (un mandato de Don Tomás Espresate, según afirma Vicente Rojo) connotaba (y aún connota en este marco) ideas revolucionarias y aproximaciones a la izquierda latinoamericana, y así se verifica tanto en buena parte de los títulos publicados como en las reconstrucciones a posteriori de este proyecto, en especial en la voz de Neus Espresate.

En fin, como ampliaremos enseguida, Era publicó su primer libro, *La batalla de Cuba* de Fernando Benítez –el primero, además, sobre la revolución y los cambios posteriores ocurridos en la isla– en 1960. Esa elección de un ensayo vinculado con una perspectiva de izquierda, de un autor joven y polémico, como sus editores, fue el gesto inaugural que gestó –valga la redundancia– una imagen de editorial vinculada con lo político y con el pensamiento contemporáneo. A partir de allí se fue construyendo un importante catálogo de cerca de mil títulos, manejado hasta hace muy poco (dos años aproximadamente) por una de sus fundadoras, Neus.

Tan diverso como convergente es el caso de Joaquín Mortiz, editorial fundada en 1962 por Joaquín Díez-Canedo (Madrid, 1917/México, 1999), madrileño, ex combatiente de la Guerra Civil Española, editor de carrera con una trayectoria de veinte años en Fondo de Cultura Económica, de la cual se fue, según su testimonio, impulsado por su interés en publicar literatura.³ Este interés define el catálogo completo de la editorial, muchos

1 Tomo estos datos de Rafael Vargas, “Cuarenta aniversario de Editorial Era”, Revista *Proceso*, 23/02/2011.

2 Vicente Rojo nació en Barcelona en 1932 y llegó a México en 1949, donde su padre residía como refugiado político; Neus Espresate llegó a México en 1943 con sus hermanos, para reunirse con sus padres y luego de pasar por “escuelas y conventos de la derecha franquista” (Poniatowska 2011: 5).

3 Como él mismo señala en un reportaje: “Contribuí a enriquecer el Fondo al sugerir e impulsar la serie de Letras Mexicanas, lo cual fue, a la postre, el motivo de que me apartara del Fondo puesto que a los directores les interesaba menos que otras líneas” (Citado en Aurora Díez-Canedo –su hija–2012). En otro reportaje, amplía: “Yo fundé Mortiz porque estaba un poco cansado de trabajar en el [FCE] y de publicar libros de economía, sociología, derecho que me parecían interesantes pero que a mí no me hacían gracia para publicarlos. Yo quería publicar literatura y fundé una editorial con ayuda de mis amigos” (citado en



de cuyos primeros nombres corresponden, en verdad, a autores y contactos que Díez-Canedo había tejido en FCE, como Octavio Paz y Carlos Fuentes, por nombrar sólo dos de los ejemplos más conocidos. Joaquín Mortiz desplegó su actividad independiente, construyendo un catálogo de “prestigio” y “calidad” hasta 1983, momento en el cual – llevado por la crisis que impactó en especial en el mercado editorial en México– se fusionó con Grupo Planeta, que tomó el control mayoritario.⁴ A partir de entonces, por cierto, el peso de Joaquín Mortiz se desdibujó dentro del grupo y los Díez-Canedo (Joaquín primero y luego su hija, Aurora, en 1995) se “retiraron” o abandonaron la editorial.⁵

Los catálogos

Un término que se reitera en toda aproximación testimonial, reportaje o incluso crítica respecto de estas dos editoriales es “prestigio”. Prestigio como algo construido a lo largo de las décadas, asociado a dos dimensiones presentadas como ineludables: la calidad (literaria, pero también ideológica) de los libros publicados, por un lado; la independencia respecto de lo económico en primera instancia (y de grupos editoriales monopólicos, en general), por el otro.⁶ Claro que esto tiene sus matices, pero en líneas generales es posible afirmar que las caracterizaciones de cada catálogo como de prestigio y/o de calidad constituyen un capital simbólico central que se transforma –en

Anderson 1996). Esos amigos eran los catalanes Víctor Seix y Carlos Barral (a quien Díez-Canedo conoció por intermedio de Jaime Salinas, quien trabajó con Víctor en Barcelona), que adquirieron un porcentaje menor de acciones, y el empresario agrícola e industrial mexicano Alfredo Flores Hesse (datos tomados de Díez-Canedo 2011, y 2012).

4 En un destacable trabajo, que contrasta estas fusiones con la experiencia similar pero anterior (décadas de 1960 y 1970), Fernando Escalante Gonzalbo explica los detalles de esta crisis (véase “El nuevo mercado” en Escalante Gonzalbo 2007).

5 El investigador Danny Anderson explica que: “Aunque la familia Díez-Canedo aún es dueña del 30 por ciento de las acciones de la compañía, Grupo Planeta controla la firma y decidirá las estrategias que determinen el prestigio futuro y el capital simbólico del nombre Joaquín Mortiz” (1996: 17; la traducción es mía).

6 Respecto de Era, por ejemplo, afirma Rafael Vargas: “El nacimiento de Era es absolutamente singular. Sus fundadores no la concibieron nunca como una empresa mercantil, sino como una aventura intelectual. Ni siquiera pensaban en obtener un pago a cambio del trabajo que se proponían realizar. Durante años se reinvertió cada centavo que ingresaba por ventas para producir nuevos títulos” (“Cuarenta aniversario de Editorial Era”, *El Blog de Fred L. Alvarez*, 23/01/2011, fredalvarez.blogspot.com.ar/2011/01/cuarenta-aniversario-de-editorial-era.html; fecha de consulta: 05/05/2012).



el mercado del libro y en la posible fusión, como en el caso de Joaquín Mortiz– en un capital de transacción y en moneda de cambio contante y sonante.⁷

En este sentido, ya en los años 60 ambas editoriales delinear algunas constantes que pueden seguirse hasta las casas independientes hoy, tal como se fue mostrando en este mismo coloquio: construcción de un catálogo de nombres prestigiosos; difíciles vínculos con las grandes editoriales; e incluso algunas amargas quejas respecto de la “lealtad” voluble de algunos autores...

El otro eje que se generaliza en algunos estudios y aproximaciones a la historia de ambas editoriales es la distinción entre editorial de ensayo y testimonial, vinculada con un gesto político decidido (en el caso de Era), y edición de literatura de calidad e innovadora (en el caso de Joaquín Mortiz). Claro que estamos ante figuraciones algo radicalizadas, que intentan marcar diferencias tajantes allí donde los catálogos muestran, al menos parcialmente, otras cosas.

En el caso de Era, sí es preciso destacar la importancia de colecciones como Ancho mundo o El hombre y su tiempo, y en especial la publicación, entre 1974 y 1990, de la revista Cuadernos Políticos, específicamente destinada a difundir la obra de intelectuales latinoamericanos de izquierda, teniendo en cuenta además el difícil contexto de dictaduras y exilios que reinaba en América Latina desde 1973. De hecho, esta orientación es presentada, a posteriori, como una decisión editorial central. Según Neus Espresate, desde su fundación en 1960 Ediciones Era “buscó poner al alcance de México y el mundo hispano las principales obras y experiencias de la izquierda, aquellas que resultaban imprescindibles para la reflexión, la crítica y la acción” (Poy Solano 2011). La otra inflexión peculiar en esta casa editorial la representa la enorme impronta de la crónica y su modulación testimonial: Era ha publicado libros fundamentales como *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska y las crónicas sobre el 68 y sobre el terremoto del 85 de Carlos Monsiváis.⁸

7 Así lo señalaba abiertamente Joaquín Díez-Canedo al explicar la fusión: “Planeta es un buen socio capitalista que solventará nuestros fallos económicos. (...) Planeta es un muy buen grupo, eso es lo que pienso. Son gente con buenas ideas y buenos planes” (en declaraciones al diario mexicano *Unomasuno*, citado en *El País*, “Planeta se asocia con la Editorial mexicana Joaquín Mortiz”, 19/06/1983).

8 Al respecto, Elena Poniatowska agrega una anécdota personal que contribuye a la hagiografía de la editora: “A finales de 1968, Neus vino a comer a la casa. ‘¿Qué tienes ahí sobre tu escritorio?’, preguntó. ‘Todos los artículos sobre la masacre de Tlatelolco que los periódicos no han querido publicar’. ‘Yo te lo publico’, respondió. Así Neus fue dando a conocer lo que las editoriales oficiales y casi todas las privadas todavía hoy rechazan. Neus habló de los movimientos sociales que los periódicos de entonces jamás



Joaquín Mortiz, en cambio, se afirma desde el principio en la impronta literaria de innovación, y publica lo que luego fue denominado –a partir del análisis de Margo Glantz– “literatura de la onda”, con José Agustín y su *De perfil* a la cabeza. De hecho, los primeros títulos de Joaquín Mortiz fueron enormemente significativos para la cultura mexicana posterior: se trata de *Oficio de tinieblas* de Rosario Castellanos; *Las tierras flacas* de Agustín Yañez; *La feria* de Juan José Arreola; *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro; *Los albañiles* de Vicente Leñero; *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibarguengoitia; *De perfil* de José Agustín; *Ladera este* de Octavio Paz; y *Recuento de poemas* de Jaime Sabines 1950-1993. Este muestreo –que, como ya dijimos, mucho le debe a relaciones profesionales y personales tejidas desde FCE durante veinte años– se constituye a posteriori como marca de diferenciación respecto de otras editoriales independientes. Por citar un solo ejemplo, muy significativo, Aurora Díez-Canedo explica que “a diferencia de sus contemporáneas Era y Siglo XXI, Joaquín Mortiz nació con un proyecto decididamente literario, si bien con el tiempo incluiría en su catálogo libros de sociología y política, psicoanálisis, historia a nivel de divulgación y antropología” (2012: 1).

Claro que, ante una mirada comparativa de los catálogos, la afirmación cae por su propio peso y podría funcionar incluso como retruécano para el caso de Era. De hecho, esta última tiene sus “caballitos de batalla” centrales en dos escritores mexicanos de enorme reconocimiento: Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco. La diferencia se difumina aún más si proponemos una pequeña lista: tanto Rosario Castellanos,⁹ como Octavio Paz,¹⁰ Carlos Fuentes,¹¹ José Emilio Pacheco¹² (por nombrar sólo algunos) publicaron sus textos en ambas editoriales, lo cual también les valió, de parte de don Joaquín, algunas amargas quejas, en especial respecto de Paz y Fuentes (véase Anderson 1996: 6). Con esto no quiero decir que los catálogos sean semejantes sino que, antes bien, la diferencia es menos aguzada de lo que se pretende, en especial

reseñaban, del nuevo colonialismo y del daño que hacen las transnacionales. También apoyó al fidelismo de Fidel Castro y le dio un énfasis enorme a las ciencias sociales. En pocas palabras, creó una editorial crítica, de vanguardia” (Poniatowska 2011).

9 Publicó en Era *Los convidados de agosto*.

10 Publicó en Era *Apariencia desnuda. La obra de Marcel Duchamp, La hija de Rapaccini y Un sol más vivo* (antología poética).

11 Publicó en Era *Aura, Los días enmascarados y Una familia lejana*.

12 Publicó en Joaquín Mortiz *Morirás lejos* (1967), *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969) y *El principio del placer* (1972).



respecto de los textos literarios: ambas casas apostaban a la innovación, a la juventud de sus autores, al prestigio, y por ello publicaron desde narrativa de vanguardia hasta poesía o libros que entrecruzaban lo literario y las artes plásticas (en especial en Era). Eso muestra también un espíritu común que engloba a varios editores independientes y un auspicioso latir de una época singular en la literatura mexicana y continental, que poco después coincidiría con el siempre polémico boom.

Algunos momentos (los comienzos)

En este apartado nos detendremos en los momentos liminares de la conformación del catálogo, específicamente en sus comienzos y sus primeros títulos.¹³ A los efectos de este breve trabajo, decidimos focalizarnos en el caso de Era para brindar, de forma escueta, algunos ejemplos para poner en evidencia dinámicas de edición y circulación de textos, así como también mostrar el inicio de la conformación de una política editorial que marcó lo decible y lo publicable en el campo cultural mexicano –y latinoamericano–, en abierta oposición, además, a políticas represivas de circulación y difusión del libro, como las que se vivían por esos años en la España de Franco y las que se sufrían (y sufrirían aún más en la década del setenta) en América Latina.

1960- Ediciones Era publica *La batalla de Cuba* de Fernando Benítez, testimonio de los cambios producidos en la isla con la revolución de 1959. El volumen inicia una clara toma de posición respecto del contexto político latinoamericano y marca una línea que Era seguirá con énfasis en los años siguientes. De hecho, como señalamos más arriba, la inflexión testimonial constituye una de las apuestas centrales de esta casa editorial, en cuyas características genéricas se cree percibir cierta “voz” de los tiempos –y ciertas voces populares– que tienen un lugar central en este catálogo. Por otro lado, es preciso tener en cuenta que

ante el acendrado anticomunismo que predominaba en la esfera gubernamental (evidenciada por la irritación que causó, en marzo de ese mismo año, el número monográfico que la Revista de la Universidad de México dedicó a la revolución cubana) la edición del libro de Benítez tuvo

13 Si, como señala Edward Said, “el comienzo no es sólo un tipo de acción, también es un marco conceptual, un tipo de trabajo, una actitud, una conciencia” (1995: 3; la traducción es mía), el relato de los comienzos de Era cobra el peso específico de lo fundante, le da sentido a lo posterior e incluso se constituye en relato único de la historia de una editorial.



un tinte desafiante a la vez que una repercusión determinante para el conocimiento y análisis de lo que sucedía en Cuba (Vargas 2011).

En este sentido, el derrotero de Era es interesante muestra del eje republicano-americano, en la medida en que la situación política del continente era preocupación central y encontraba vías privilegiadas de difusión en casas editoriales fundadas por exiliados o sus hijos, también como una forma –así lo señalan de manera explícita– de continuar la “resistencia” respecto del régimen franquista, organizando un campo de reflexión más general respecto de cambios posibles.¹⁴

1961- Era publica *El coronel no tiene quien le escriba* de García Márquez. El volumen de este (por entonces) poco conocido escritor colombiano no tiene mayor éxito inicial, pero muestra, ya desde los momentos inaugurales, la voluntad de ampliar la publicación de obras de ficción más allá de las fronteras de lo nacional-mexicano. Esta primera publicación inicia, también, el diálogo con escritores que luego serán famosos, boom mediante, pero publicando en otras casas editoriales: en 1962 Era publica *La malahora* de García Márquez y *Aura* de Carlos Fuentes; ese mismo año, Fuentes publica, en FCE, *La muerte de Artemio Cruz*; cinco años más tarde (de forma concomitante con la reedición corregida de *La malahora* en Era) García Márquez publica *Cien años de soledad* en Editorial Sudamericana de Buenos Aires.

1967- José Lezama Lima envía a Julio Cortázar un ejemplar de *Paradiso*, ya publicado por Ediciones Unión en Cuba, pero que había sido denostado por algunos detractores de Lezama, ligados al gobierno de Fidel Castro. Cortázar lo lee con admiración y propone su edición a Era, la cual lleva a cabo junto con un joven pero ya destacado Carlos Monsiváis.

Estos derroteros pueden ser leídos de varias maneras: como una muestra de la circulación de autores y títulos en un campo que se está reformulando en ese momento; como un ejemplo de cierta amplitud –ligada con lo que se caracteriza como “literatura de calidad” que permite que en este catálogo convivan Benítez y Lezama–; también como índice del siempre difícil vínculo entre editor independiente y casa editorial de peso/renombre, en las cuales ven la luz las obras más impactantes de los escritores del

¹⁴ Otros ensayos fundamentales en esos años (destacables asimismo por su impacto duradero) son: 1962- *Tratado de economía marxista* de Ernest Mandel, 2 tomos; 1965- *La democracia en México* de Pablo González Casanova; 1967- *Los indios de México* de Fernando Benítez, 5 tomos, 1967-1981; 1968- *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska.



boom. Esta última dimensión –amargamente lamentado por Joaquín Mortiz en varias entrevistas, menos aludido por Neus Espresate en todo caso– es buena muestra de esta dinámica, que excede los vínculos personales y las supuestas lealtades. También permite vislumbrar que la construcción de un prestigio es moneda de cambio importante, pero no suficiente en numerosos casos, para retener autores o para gestar movimientos. Ocurre que, contra lo que muchos editores expresan como búsqueda central en numerosos reportajes, el análisis de los catálogos muestra un movimiento continuo entre escritores y casas editoriales, también un vínculo central entre las grandes casas y los movimientos estéticos de gran impacto en la época, con el boom a la cabeza.

Dado que, a la fuerza, el espacio de esta ponencia es breve, quisiera apuntar, para cerrar, una dinámica destacable: en primer lugar, la progresiva configuración, en Era, de un catálogo de ficción cada vez más acendrado, al tiempo que, pasados los años sesenta y setenta, el ensayo marxista o las preocupaciones coyunturales van perdiendo peso. Prueba ineludible de ello es el cierre de los Cuadernos políticos en 1990, consecuencia de las profundas revisiones a las que obliga la caída del Muro de Berlín, tal como señalan en su último editorial. Esta configuración tiene además un sostén notable en la venta de Joaquín Mortiz a Planeta en 1983. Como señalaba José Luis de Diego en su ponencia presentada en este coloquio (“Concentración económica, nuevos editores, nuevos agentes”), estas fusiones muchas veces son poco fructíferas para la editorial adquirida; el caso de Mortiz no escapa a esta constante. Mayormente desdibujado una vez subsumido por el gran grupo, ya no publica autores de peso y poco a poco sus libros van desapareciendo de las librerías. Sólo se percibe un fugaz intento de relanzamiento en 2003, cuando Planeta busca celebrar los supuestos cuarenta años de Mortiz relanzando... ¡sus primeros libros! y su premio. El gesto no va más allá de eso y hoy Mortiz sólo es un jalón más en la multiplicidad de logos/sellos que exhibe la información institucional de la editorial.

En este marco y dado que Era continúa, de manera sostenida, su derrotero como editor independiente (ahora bajo la dirección del también escritor Marcelo Uribe) se produce también un traspaso de autores que habían publicado en Mortiz y se vuelcan a Era para reeditar sus obras. Este proceso tiene lugar, en especial, en los años 90, e incluye a Augusto Monterroso y su *Oveja negra*, también a José Emilio Pacheco con *No me*



preguntas cómo pasa el tiempo y El principio del placer, entre otros. Si bien el lamento de Joaquín Mortiz al respecto es elocuente (“yo me confundí porque creí que Planeta estaba interesada en Mortiz y lo que querían era simplemente un pie de venta para entrar a México (...) Puede ser que yo no calibrara bien lo que Joaquín Mortiz perdía como símbolo, y, claro, lo perdí, no del todo pero en buena medida sí”), la dinámica editorial muestra que ciertos textos/autores pueden escapar a esas reglas por la vía de la diversificación y el regreso a las casas pequeñas y medianas... siempre que estas existan, claro.

Por otra parte (y en buena medida) inferimos que su existencia es también funcional a la lógica política o empresarial de los grandes grupos (en México incluimos, además, el caso de FCE y el resonado despido de Orfila Reynal en 1965): un mercado que no sofoca por completo estas editoriales también construye cierta imagen de bibliodiversidad útil para pensar y conformar una imagen de literatura nacional. En alguna medida, los derroteros de Era y Mortiz (de los que aquí presenté un brevísimo esbozo, pero que seguiré analizando en sus momentos intermedios, por ejemplo) son buena muestra de estas modulaciones.

Bibliografía

- Anderson, Danny (1996). “Creating Cultural Prestige: Editorial Joaquín Mortiz”. *Latin American Research Review* vol. 31, núm. 2, 3-41.
- Díez-Canedo, Aurora (2011) “Joaquín Díez-Canedo, la formación de un editor”. *Siempre!*, 16 jul.
- _____ (2012). “Joaquín Mortiz. Un canon para la literatura mexicana del siglo XX”. Raquel Macciuci (dir.). *Diálogos transatlánticos. Memoria del II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas*. Volumen 4 (Natalia Corbellini ed.), *Huellas de la Constitución de Cádiz*, La Plata, FaHCE-UNLP.
- Escalante Gonzalbo, Fernando (2007). *A la sombra de los libros*, México, El Colegio de México.
- Poniatowska, Elena (2011). “Doctorado honoris causa de la UAM a Neus Espresate”. *La Jornada*, 08 mar., 28.

Primer Coloquio Argentino de
Estudios sobre el Libro y la Edición



- Poy Solano, Laura (2011). “Entrega UAM doctorado Honoris Causa a Espresate y Cordera”. *La Jornada*, 11 mar.
- Said, Edward (1995). *Beginnings. Intention and Method*, Nueva York, Columbia UP.
- Vargas, Rafael (2011). “Cuarenta aniversario de Editorial Era”. *Revista Proceso*, 23 feb.